

“Feas, sucias y malas”. Miradas “de” y “sobre” las trabajadoras del sector pesquero (Mar del Plata, 1990-2010)

Romina Denisse Cutuli

Centro de Estudios Históricos y Sociales
Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires
rominacutuli@yahoo.com.ar

Palabras clave: trabajadoras, representaciones, desigualdad, género, precarización laboral.

Resumen: En este artículo nos acercaremos a las desigualdades de género en el mundo del trabajo, a través de experiencias de mujeres que han trabajado y/o trabajan en la industria pesquera marplatense. Intentaremos identificar cierta intertextualidad entre la imagen que las trabajadoras tienen de sí mismas y las representaciones de otros actores sobre ellas. Haremos referencia a biografías laborales reconstruidas a través de entrevistas, medios de comunicación, declaraciones de personal jerárquico y funcionarios públicos. En dichos relatos biográficos se ponen de manifiesto los juicios de otros agentes sociales hacia las mujeres. Las miradas, las burlas, las agresiones sexuales forman parte del repertorio con el que se construye este diálogo retrospectivo. Asimismo las narraciones sugieren que dichas mujeres no se victimizan a sí mismas debido a la adversidad, sino que se refuerzan como sujetos autónomos.

Bueno, en todo caso, sus libros se parecen a los nuestros, pero tienen las palabras escritas al revés: y eso lo sé porque una vez levanté uno de los nuestros al espejo y entonces los del otro cuarto me mostraron uno de los suyos
(LEWIS CARROLL, *Alicia a través del espejo*)

Introducción

“Tengo que decirlo, yo nunca vi que los compañeros discriminaran a las mujeres. Yo en mis cuarenta años de trabajo nunca me sentí discriminada por ser mujer”, declara Elda al inicio de su ex-

Ankulegi 15, 2011, 141-157

Fecha de recepción: 12-IX-2011 / Fecha de aceptación: 30-X-2011

ISSN: 1138-347-X © Ankulegi, 2011

posición¹. Repite palabras que ya había oído de otras trabajadoras, que se relatan resistiendo en medio de la adversidad. Nos preguntamos entonces si reconocer la desigualdad llevaría a explicitar la debilidad que justifica la discriminación. El concepto de “percepción de justicia” ha sido utilizado para analizar las miradas de las mujeres en relación a la división del trabajo doméstico. La presencia de una ideología de género, la valoración social de las actividades domésticas y los referentes elegidos para establecer comparaciones han sido algunos de los factores analizados como condicionantes de satisfacción/insatisfacción con los roles socialmente asignados en el espacio doméstico. Por lo tanto, no necesariamente se confirmaría una linealidad entre relaciones más igualitarias y percepción de justicia, sino que es posible encontrarse con diversos tipos de arreglos percibidos por los sujetos como justos o injustos (Thompson, 1991; Blair y Jonson, 1992; Greenstein, 1996; Grote y Clark, 2001; Lavee y Katz, 2002; Yago y Martínez, 2009).

En el ámbito laboral, la “percepción de justicia” ha sido atendida desde el *management* organizacional como herramienta para analizar el grado de compromiso con los intereses empresarios. Bajo este presupuesto, la consideración de los mecanismos de promoción y remuneración en el trabajo como “justos”, favorecerían la satisfacción en el trabajo y, por ende, la productividad de los trabajadores. Aquí, nuevamente, no importa tanto la igualdad como la legitimidad de los criterios con que se establecen relaciones y escalas necesariamente desiguales (Muchinsky, 2002).

En este trabajo, observamos que la desigualdad de género se identifica explícitamente en los relatos de la vida doméstica más que en la laboral, que se presenta más atravesada por desigualdades de clase y al mismo tiempo como espacio de autonomía. Las trabajadoras *resisten* las dificultades que le impone su género, a la vez que se *resisten* a nombrarlas. Aclaran, como si fuera la pregunta esperable, que ser mujer no les impuso desventajas². Acto seguido surgen en los relatos conflictos laborales que las propias trabajadoras asocian a su condición de mujeres, aunque en el balance se rescatan visiones heroicas de la figura femenina.

Mar del Plata, con el mayor puerto pesquero de Argentina, perdió su protagonismo histórico en las últimas décadas. La participación de las mujeres en la industria pesquera se consolidó en un modelo productivo basado en la flota “fresquera”³, que tuvo su período de auge en las décadas centrales del siglo xx. Este modelo sostenía una división sexual del trabajo en que correspondía el trabajo en alta mar para los varones, y las actividades de procesamiento para las mujeres, aunque también había varones en las fábricas. Los procesos de industrialización de la flota entre 1980 y 1990 marginaron en gran medida a esa mano de obra con participación femenina. A su vez, desplazaron a Mar del Plata como puerto pesquero, ya que gran parte de la flota congeladora⁴ se instaló en puertos del sur de la Patagonia. La reducción de mano de

¹ Exposición de Elda (60 años, militante y obrera del pescado) en un encuentro de mujeres de diversos ámbitos, en conmemoración del Día Internacional de la Mujer. Marzo 2011.

² Las menciones a la “discriminación laboral”, “desigualdad”, etc. han surgido de las propias entrevistadas.

³ Embarcaciones de mayor dimensión, con procesamiento del producto en alta mar, listo para su comercialización.

⁴ Convenio Colectivo de Trabajo (CCT) 161/75.

obra en la industria “en tierra” afectó especialmente a las mujeres marplatenses, que no tenían cabida en otras instancias del proceso productivo. Con todo, el sector pesquero sigue siendo central en la trama productiva local: en 2010, el 92% de las exportaciones realizadas desde la ciudad correspondieron a esta industria (MGP, 2011).

El período analizado, 1990-2010, se inicia con un proceso de precarización laboral con una representación especialmente aguda en la industria pesquera, cuyas transformaciones hacia un modelo aperturista económico y flexibilizador de los derechos laborales favorecieron que las empresas locales utilizaran el empleo como principal variable de ajuste (Cutuli y Lanari, 2010). La tercerización laboral a través de figuras legales como las cooperativas dejó a los trabajadores de la industria pesquera en una situación laboral frágil e inestable, y despojados de los derechos adquiridos a mediados de la década de 1970⁵. Este sector particularmente feminizado se vio fuertemente golpeado por el desempleo y el subempleo, en una ciudad que ostentaba a mediados de los noventa los índices de desempleo más altos de la Argentina. A finales de los dos mil, cuando se inició el trabajo de campo que dio lugar a este artículo, la inestabilidad caracteriza buena parte de las trayectorias laborales (Cutuli, 2009).

Este artículo es un resultado parcial de mi investigación doctoral, para la cual he realizado más de veinte entrevistas a trabajadoras, trabajadores y referentes del sector y partici-

pado en acciones colectivas llevadas adelante por agrupaciones militantes del sector, entre los años 2007 y 2011. Los informes técnicos y prensa escrita local también forman parte del corpus analizado. Aquí se abordan las representaciones sobre las trabajadoras del sector a través de una puesta en diálogo entre la propia percepción de las actoras sobre sí mismas y su relación con los otros y los discursos sociales que las describen e interpelan. El discurso construido a través de la entrevista, si bien situado en un momento puntual, es el vehículo que permite acceder a la experiencia, entendida como modo de interpretar el pasado de los actores (Scott, 1991).

El relato que las trabajadoras construyen sobre sí mismas rescata su agencia como sujetos a través de dos estrategias discursivas recurrentes: su presentación como sujetos activos en las situaciones de injusticia y el relato en tercera persona como forma de eludir la propia victimización. Las imágenes construidas por otros actores sociales quedan a horcajadas entre la desvalorización y la victimización, lo que refuerza la necesidad de huir del lugar de sujetos pasivos o penalizados socialmente habitualmente asignado a las mujeres pobres. En su relato sobre sí mismas, antes que negar los juicios de valor que caen sobre ellas, parecen optar por revertir su sentido, por presentar su condición de “feas, malas y sucias” como un motivo de orgullo.

El relato de las trabajadoras sobre sí mismas, abordado en el apartado “En primera persona”, es reconstruido a partir de diversos “espejos” que les devuelven, en balance, una imagen positiva de su resistencia frente a las adversidades estructurales y cotidianas. Diversas miradas externas permiten rescatar intertextualidades entre los juicios sobre las trabajadoras y las respuestas que ellas generan. Luego, en “Los otros y nosotras”, se atra-

⁵ Angélica (63 años) comenzó a trabajar en la industria pesquera a principios de la década de 1970 a los 13 años, y sigue trabajando en la actualidad. Mónica (55 años), en 1977-78, con 16-17 (no recuerda las fechas exactas), dejó de trabajar en 2007, luego de sufrir un accidente de trabajo.

vesarán algunas de estas miradas, para volver luego a la réplica de las actrices. Finalmente, se arriesgan algunas interpretaciones acerca de las miradas que presentan las trabajadoras sobre sí mismas y los diálogos que establecen con los juicios externos.

En primera persona

Como mencionábamos más arriba, los referentes en los cuales los sujetos se miran juegan un rol fundamental en la construcción de las percepciones. Los juicios sobre la propia realidad provienen de comparaciones que pueden ser “normativas” si evalúan la situación de una persona en función de un “deber ser”; o “sociales”, cuando la comparación es frente a otros sujetos. Esta última toma dos formas: relacional, cuando la comparación es con sujetos diferentes a uno mismo –mujeres con varones–, y referencial, si es respecto de iguales –mujeres con mujeres– (Freudenthaler y Mikula, 1998). La “percepción de justicia” adquiere así diferentes significados, en función de esos espejos a través de los cuales las personas pueden mirarse.

Uno de esos espejos es el del pasado. La nostalgia es el hilo conductor de las trayectorias laborales de las y los trabajadores precarizados y desocupados:

–Mónica: Nada. Yo tenía la efectividad, yo tenía todo. A mí me operaron, me cubrió todo la obra social. Estaba la obra social del Puerto que estaban los médicos, era hermosa, era hermosa esa.

–Angélica: Pero eso era cuando estábamos efectivas. Claro, yo empecé en la época que no había nada.

–Mónica: Era hermoso ese lugar.

–Angélica: Y ahí sí.

–Mónica: Ahora te da tristeza ir a verlo, pero algo precioso. La cantidad de médicos que había y que te atendían.

–Angélica: Después perdimos todo eso.

–Mónica: Tenías el boleto, tenías el equipo. Todo eso te pagaban [...].

–Angélica: ¿Te acordás?

–Mónica: Tenés razón. No me acordaba de eso.

–Angélica: Hasta eso teníamos. Ahora no tenemos nada, mi amor, qué vamos a tener⁶.

Las trabajadoras se perciben como un colectivo en retroceso. “Tenían todo”, “no tienen nada”. La explicación que circula se repite en diversas voces. No solo tienen menos derechos, sino que serían menos numéricamente. En las “coopetruchas”⁷, dicen, prefieren contratar varones, porque estos pueden cumplir la función de fileteros⁸ y la de peones, levantando ellos mismos los cajones de pescado, que rondan los treinta y cinco kilos. Sostienen que con la precarización apareció la “discriminación”:

Están matando todo, están matando la cría y antes había muchas más mujeres que ahora. Sí, ahora están discriminando mucho por el tema de ¿qué pasa? Ahí cada filetero es un peón, entonces con tal de no pagar más peones...⁹

⁶ Denominación local para los trabajadores/as que se dedican al fileteado de pescado.

⁷ Angélica, 2009.

⁸ La disminución en el número de afiliados en el Sindicato de Obreros de la Industria del Pescado (SOIP) es representativa de esta reducción. Pasó de cinco mil a ochocientos afiliados entre 1986 y 2002. A partir de 2008 esa cifra comenzó a revertirse merced al crecimiento del trabajo registrado, llegando en el 2010 a dos mil afiliados (Entrevista a Mamerto Verón, dirigente sindical, 2010).

⁹ La participación en el mercado de trabajo era ascendente pero muy baja para las mujeres casadas, hasta

Mientras relata la sobreexplotación empresaria sobre los recursos naturales, Angélica introduce la idea de que la cantidad de mujeres en la industria, también se ha reducido. El sistema productivo “extermina” peces, y también puestos de trabajo. En especial, femeninos. En una curva que sigue la línea contraria a los indicadores estadísticos sobre participación laboral femenina, las trabajadoras de la industria pesquera relatan su trayectoria como una historia de desplazamientos. Se ubican como “sobrevivientes” de un sistema productivo que las margina. La sensación de “ser menos”, no es privativa de las mujeres. De hecho, en las últimas tres décadas la cantidad de personas ocupadas en el sector pesquero se redujo notablemente¹⁰, en un contexto de disminución de la participación del trabajo en la producción. Las trabajadoras asocian ese proceso a su condición de mujeres. A modo de hipótesis podemos aventurar que los puestos de trabajo que mayor disminución han sufrido son los de fileteado, a raíz de diversos cambios en la estructura productiva (VV.AA., 1999). Como adelantábamos en la introducción, la incorporación de la flota congeladora acorta el proceso productivo, al elaborar en alta mar un producto listo para la comercialización. Aunque todo el trabajo en tierra disminuye, y la segregación por género se hace más evidente en la disminución de puestos de fileteado, ya que era el trabajo mejor pagado al que las mujeres podían acceder. La segregación de las mujeres en el conjunto del merca-

do laboral las expone además a una situación desventajosa para reubicarse en otras ramas de actividad.

Las formas de contratación precarias ponen a trabajadoras y trabajadores en situación de ofertarse de manera permanente. Sin garantías de estabilidad, los “cooperativizados” se someten cada madrugada a la incertidumbre de ser o no elegidos para el puesto. Cada noche escuchan en la radio cuántos puestos solicita por categoría cada empresa, y a qué hora deben presentarse. Este ritual repetitivo de búsqueda de empleo subyuga a la incertidumbre de manera cotidiana y sujeta a la arbitrariedad del empleador o su representante, quien es el dueño de la decisión cada vez. La posibilidad de decidir quién trabaja y quién no confiere un poder renovado al empleador, a la vez que refuerza la debilidad del empleado, que debe desarrollar estrategias de posicionamiento ventajoso frente a la decisión diaria de un individuo. En una situación de mayor desprotección de la parte trabajadora y con mayor lugar a arbitrariedades, se amplía el espacio del empleador para dar lugar a sus prejuicios, entre ellos, a los de género. El economista Gary Becker (1983) señala que el “gusto por la discriminación” pesa en los agentes económicos. En esta línea, la contratación de mujeres se produce solo si la compensación de ganancias compensa tal prejuicio. Vale decir, si es posible que sus salarios sean más bajos. Ello no ocurre en el fileteado, cuyos salarios duplican a los de la conserva y hay gran oferta de varones para contratar.

Las otras mujeres constituyen un segundo espejo. Si, como decíamos más arriba, las mujeres forman parte del mundo del trabajo remunerado de forma cada vez más regular, queda en evidencia que en comparación a sus iguales, las ventajas que mencionan como

los 80-90. Hacia el 2000, la curva de participación económica por edad toma una forma similar entre varones y mujeres (Wainerman, 2007).

¹⁰ Claudia (44 años) trabajó en la industria pesquera entre 1984 y 2007. Desocupada al momento de la entrevista.

parte del pasado no les confieren hoy un estatus diferencial. En primer lugar, el orgullo de la identidad trabajadora se reivindica en un contexto en que no era lo esperable que una mujer se dedicara a otro trabajo que no fuera el doméstico no remunerado¹¹. Frente a una división sexual del trabajo tradicional, la independencia económica y la presencia en el espacio público colaboraban a construir una “ilusión de igualdad” basada en la comparación con las mujeres que se dedicaban exclusivamente al hogar. El trabajo fuera del hogar se evoca como medio de ascenso social y de empoderamiento. Desde una valoración socioeconómica: “me pude hacer la casa”¹², “decías que eras filetera y te daban un crédito”¹³, hasta una vía de escape del claustro doméstico: “antes que aguantarme a mi marido que andaba borracho”¹⁴.

Entonces, la “mayoría” de mujeres dedicadas al trabajo no remunerado actúa como referente del lugar de las mujeres en la interacción público-privado-doméstico. Entrecomillamos “mayoría”, en tanto que el ideal de una división sexual del trabajo entre un varón proveedor y una mujer cuidadora, resultaba difícilmente practicable en los sectores populares, en los que el “salario familiar”¹⁵ era una aspiración insatisfecha.

¹¹ Angélica, 2009.

¹² Perla, 2010 (72 años). Trabajó en la industria pesquera entre 1970 y 1985 aproximadamente. Actualmente, jubilada.

¹³ Claudia (44 años) trabajó en la industria pesquera entre 1984 y 2007. Desocupada al momento de la entrevista.

¹⁴ Marta (68 años) trabajó en la industria pesquera entre 1970 y 1989 aproximadamente. Actualmente, jubilada.

¹⁵ “Un único salario que resulta suficiente para mantener a una familia de clase trabajadora, de acuerdo con un cierto nivel de vida” (Molyneaux, 2005: 26).

Más que de una mayoría, se trataba de un modelo. Es recurrente que destaquen que “siempre trabajaron” y que “nunca se quedaron en su casa”. La necesidad constituye la única forma legítima de trascender ese espacio doméstico, el trabajo constituye el medio para satisfacer las necesidades materiales y, a la postre, resulta liberador. El hogar, lugar de sometimiento y de trabajo no reconocido, se recuerda como el ámbito de regreso inevitable, aunque no necesariamente deseado: “Pasábamos el día allí, catorce, dieciséis horas... Teníamos que volver a dormir, yo creo que si hubiéramos tenido un colchón, nos habríamos quedado, ¿no?”¹⁶.

La falta de deseo o al menos el desinterés por el regreso retorna en el discurso de Elda, quien menciona, en oposición al “nunca me discriminaron”: “Lo que sí he visto, es a mujeres que llegaban de sus casas golpeadas por sus maridos”¹⁷. Así, puede leerse la intención de reforzar la ausencia de discriminación en el lugar de trabajo, por oposición al hogar, el espacio en que muchas trabajadoras ubican las situaciones pasadas de desigualdad de género.

El tercer espejo son los varones, compañeros en la casa y/o la fábrica. La apropiación de espacios y poderes concebidos como masculinos constituye otro refuerzo de la “ilusión de igualdad”. En primer lugar, un trabajo remunerado que desplaza/reemplaza la función proveedora del varón en el hogar: “Hacerse la casa”, “sacar un crédito”. El poder adquisitivo que ofrecía el trabajo de la industria pesquera en sus “buenas épocas”, trasciende la función “complementaria” del salario femenino. Aún las casadas recuerdan su ingreso como crucial para la economía familiar y el ascenso social de la familia.

¹⁶ Perla, 2010.

¹⁷ Elda, 2011.

Las normas sociales básicas que construyen al hombre modélico incluyen la “dureza” (física, mental y emocional), el “estatus” y la “antifemineidad” (Paterna y Martínez, 2009). El “estatus” también forma parte, como mencionábamos antes, de los relatos de las trabajadoras. A través del trabajo remunerado, las mujeres acceden a un estatus propio –independiente del esposo–. Si bien entre los sectores populares no siempre era practicable para las mujeres la dedicación exclusiva a las tareas domésticas, buena parte del trabajo femenino para el mercado se daba en el sector informal. La dependencia del marido no solo era monetaria sino también el medio para acceder a la seguridad social asociada al trabajo. Entonces, no solo contar con un ingreso sino también con un “recibo de sueldo”, constituía una forma de autonomía. La posibilidad de solicitar préstamos personales, así como de acceder a un servicio de salud de calidad se añoran como parte de las oportunidades que les otorgaba el trabajo, como recuerda Mónica en el diálogo que citamos más arriba. Son ellas las que pueden “hacerse la casa”, “sacar un crédito”, “tener obra social”, en un contexto en que se daba por sentada la dependencia económica de las mujeres, incluso desde las políticas sociales (Draibe y Riesco, 2006).

El rol de proveedoras asumido por las mujeres no explica por sí mismo la reivindicación del lugar que no deberían ocupar. La realización de una actividad no asociada de modo esencialista a los saberes femeninos es exhibida como una conquista. Las marcas en el cuerpo, como la prueba de la resistencia. En un mercado laboral que restringía –y restringe– a las mujeres a un escaso número de ocupaciones asociadas a “lo femenino” y en que la participación femenina era minoritaria e irregular, trabajar “toda la vida”

como filetera es la conquista de un espacio vedado, representado en masculino por ser un trabajo duro. A través de la resistencia al dolor provocado por el frío intenso, los cortes, el cansancio, la intensidad del trabajo; recurrentes en los relatos de las trabajadoras, encarnan parte del “deber ser” masculino. La fuerza física, que se supone las colocaría en desventaja, se reivindica como capacidad que puede ser propia de las mujeres. Las mujeres también hacen trabajo duro, pero no siempre es reconocido como tal:

Es diferente, porque el hombre puede tirar un cajón y la mujer, eh, que tiene que llevar la bandeja, por todas esas pequeñas cosas porque nosotras acá donde estamos las llevamos prácticamente nosotras las bandejas. Pero era así y, bueno, cada vez menos mujeres hay, cada vez menos mujeres, pero en realidad las que más trabajan son las mujeres¹⁸.

En su estudio sobre los obreros de la industria de la carne, Mirta Lobato (1990) marca una división sexual del trabajo en el interior de la industria de la carne, en que las mujeres se dedicaban a tareas asociadas a la motricidad fina y la delicadeza, como el empaquetado; mientras que el uso del cuchillo estaba reservado a los varones. En la industria pesquera, si bien existe una clara segregación laboral en las tareas de envasado, en que las mujeres están sobrerrepresentadas, las trayectorias laborales femeninas más prolongadas presentan a la conserva como trampolín para aprender el oficio del fileteado, atractivo por los mayores ingresos que proporcionaba. El uso del cuchillo, atributo tradicionalmente masculino, era el vehículo de ascenso social por excelencia, en tanto el trabajo de fileteado

¹⁸ Angélica, 2009.

ha duplicado en ingresos históricamente al de la conserva. Su apropiación rompe con la “taxonomía oficial” que reduce todas las prácticas sociales a la diferencias biológicas entre lo masculino y lo femenino. Este sistema mítico-ritual reserva a las mujeres todas las actividades “invisibles o vergonzosas”, “las tareas más sucias..., las más monótonas, las más penosas y las más humildes”, mientras que los hombres “se arrojan todos los actos breves, peligrosos y espectaculares que, como el degüello de una res, la labranza o la cosecha, marcan rupturas en el curso ordinario de la vida y emplean instrumentos forjados” (Bourdieu, 1998: 19).

La reivindicación del trabajo calificado –identificado como tal por las y los trabajadores– y duro a la vez, se relata a través de las marcas que deja en el cuerpo, exhibidas cual heridas de guerra. Las trabajadoras muestran manos y antebrazos, señalan cicatrices y las asocian a historias: “Sí, sí, no podés manejar el cuchillo [por el frío]. No lo podés manejar porque no tiene fuerza la mano. Un lindo recuerdo”¹⁹.

Mientras Mónica relata y ríe, se arremanga y señala en sus antebrazos sus “recuerdos”: más cortes de los que se puedan identificar con claridad. Se trata de un sufrimiento que se luce. En un intento de trastocar la necesidad en virtud, el chiste constituye una táctica, permite transformar “la posición más débil en la más fuerte” (De Certeau, 1996: 44). Reírse del propio dolor permite cortar, al menos narrativamente, la relación de fuerzas existente entre capital y trabajo, en que el cuerpo se transforma en mero instrumento productivo. La risa espanta el disgusto frente a la imagen que el espejo devuelve.

Si el humor puede subvertir en los relatos las jerarquías establecidas, la táctica se torna más dificultosa, aunque también más explícita, cuando se trata de sufrimiento emocional. Mirta describe sus días de trabajo como un sufrimiento continuo, por el cansancio acumulado, por el esfuerzo y el maltrato repetidos. Sin embargo, como si el drama absoluto no fuera soportable, el chiste resulta, una vez más, una táctica para apartarse de la victimización:

A veces, me estaba desvistiendo y lloraba porque me tenía que levantar al otro día a la una de la mañana porque del barrio donde vivo me tenía que venir acá..., llorando porque era un día más de mi vida que tenía que aguantar un montón de sufrimientos, de padecer parada en una mesa y a veces estar llorando, trabajando, llorando y escuchar a mi hermana que me dijera, bueno, terminala, cálmate que ya va a pasar y cuando salía, ponele a veces a las doce a veces a las tres de la tarde, agradecerle a Dios por haber pasado un día más e irme tranquila, pero pensando que al otro día había que volver a trabajar, así que, bueno, ese trayecto que hacíamos en el colectivo con mi hermana de repente lo íbamos hablando y riéndonos, viste, hoy no me putearon..., hoy estuvieron leves, lo que me dijeron fue puta²⁰.

Suponiendo que, como afirma Bergson (1956), “la risa nace allí donde acaba la compasión”, el sarcasmo de Mirta en la conversación con su hermana ofrece un salvataje frente al dolor que provoca el relato de una rutina en que la palabra “llorando” se repite cuatro veces en un párrafo. La excesiva repetición puede tener un efecto de intensifica-

¹⁹ Mónica, 2009.

²⁰ Mirta, 2008 (53 años). Trabajó en la industria pesquera entre 1970 y 2008 aproximadamente. Desocupada en el momento de la entrevista.

ción, pero también de vaciamiento de sentido. Puede que el insulto constante, reiterado, insensibilice al receptor. Pierde eficacia a la vez que aumenta la vulnerabilidad. Este tipo de actitudes pueden vincularse al concepto de “sobreadaptación”, que ha sido definido desde la psicología laboral como una adaptación excesiva del individuo al mundo del trabajo y una correlativa reducción de los mecanismos de defensa ante las situaciones estresantes (Pérez Jáuregui, 2006).

Cuando aparecen en el espejo imágenes no soportables, no decibles, el relato es siempre sobre otras. Las situaciones más conflictivas y victimizantes son relatadas en tercera persona. Esta argucia es, en definitiva, un modo de hacer posible el diálogo. Las trabajadoras, que declaran en primera persona “nunca me discriminaron”, narran historias de protagonistas anónimas, compañeras que sufrieron agresiones sexuales y “no sabían cómo defenderse”, “mujeres que llegaban de su casa golpeadas por sus maridos”, como menciona Elda. Frente a esas otras, victimizadas pasivamente, Gregoria puede recuperar su agencia como sujeto, rescatarse heroica frente a la agresión sexual:

[...] que hay mucha gente que tiene miedo y que no sabe defenderse, que ha sido violada y que, mujeres que han sido manoseadas y que si no les das bola te miran mal, te tratan mal, entonces yo aprendí a defenderme, sí, a defenderme y a que no vayan a maltratar a mis compañeras que, una vez a mí en el San Jorge yo trabajaba, viste, y nunca le di confianza a nadie y, bueno, bajamos del cuarto y estaban los *nylon* para envasar y cuando estaban poniendo el *nylon* que tienen que poner, bueno... y de ahí, bueno, vamos para la oficina y, bueno, yo ahí le dije que yo no permitía nada de eso, porque hoy te tocan un poco, porque hoy te tocan el culo, viste, y mañana, viste, y

desde ahí que sabían que si alguien me ponía una mano, me defendía²¹.

Al momento del abuso sugerido el relato se entrecorta, constituye una descripción imposible. Gregoria marca allí una clara diferencia entre las víctimas anónimas y su propia experiencia: a ella no le volverá a pasar, sabe defenderse. En su trabajo de campo con mujeres durante la Guerrilla en Ayacucho, Perú, Kimberley Theidon destaca la agencia de las mujeres en los relatos autobiográficos. En contraste con las imágenes construidas por otros, de mujeres que huyen, se escapan, se asustan, ellas se narran defendiéndose “con piedra, cuchillo y guaraca” (Theidon, 2004: 181). La autora reconstruye una memoria invisibilizada por el relato oficial, en que las mujeres no se narran como víctimas inertes. En la adversidad, pueden transformarse en heroínas. Soportar una violación colectiva a cambio de que no toquen a sus hijas, como rescata Theidon; que les “toquen el culo”, pero hacerlo público y defender a sus compañeras.

Los otros y nosotras

La descripción habitual de las y los trabajadores del sector pesquero se gesta a horcajadas entre el desprecio y la victimización. Los lugares comunes sobre las precarias condiciones de trabajo se construyen en algunos discursos como cualidad de las personas que atraviesan esa situación, como en el informe técnico que presentamos a continuación. Allí, las características de los trabajadores se

²¹ Gregoria, 2008 (46 años). Trabajó en la industria pesquera entre 1984 y 2007. Estaba desocupada en el momento de la entrevista.

presentan como una de las “debilidades” que frenan el desarrollo del sector pesquero marplatense:

En general, el recurso humano de nivel operativo ocupado en el sector, tanto en las plantas en tierra como en los buques, pertenece a una clase social de bajos recursos económicos que además tiene un nivel sociocultural bajo. Esta característica, que se traduce en costumbres y hábitos de presentación, orden y limpieza descuidados, se convierten [sic] en verdaderos obstáculos a la hora de procesar y empaquetar el producto para presentaciones con moderada o alta exigencia. Resulta difícil lograr que los operarios se involucren con una filosofía de calidad, limpieza y cuidado en el tratamiento de la materia prima y del producto final que deben manipular (Bertolotti y Errazti, 2002).

El estudio, que presume de una visión panorámica del sector, hace referencia a fuentes estadísticas y de cámaras empresarias. La voz de los trabajadores está acallada. Es decir, se habla “de” las y los trabajadores del sector, pero no “con” ellos. Se los responsabiliza en parte por el limitado desarrollo del sector pesquero, a la vez que se los invisibiliza.

Los juicios emitidos en este informe llevan a recordar el concepto de Oscar Lewis de “cultura de la pobreza”. Esta noción excluye de la explicación las estructuras socioeconómicas, al colocar a los individuos como culpables de su situación. Entre las críticas que ha recibido, puede destacarse la incapacidad para distinguir en sus descripciones características, efectos y causas (Goode y Eames, 1996). Retomando el citado informe, se habla de un “recurso humano” perteneciente a una “clase social de bajos recursos económicos”, mientras se omite que el empleo es el modo privativo de acceso a los recursos económicos, y por lo tanto de-

terminante de la ubicación de los individuos en la escala social (Castel, 1997).

Las y los trabajadores del sector pesquero son personas de “bajos recursos”, no solo económicos sino también socioculturales. Se abstrae su situación económica del contexto de precarización laboral, y se coloca en los propios sujetos el estigma negativo de su situación. Atribuyen las condiciones higiénicas en que se desarrolla la producción a la desidia de los operarios que la ejecutan. Con ello, hacen caso omiso de la situación ambiental en el interior de las plantas, en que la minimización de los gastos operativos tiene repercusiones directas en las condiciones de producción: procesos de eliminación de desechos deficientes, horarios atípicos e irregulares, mobiliario e infraestructura deteriorada, delegación de los costos de los elementos de trabajo en el propio personal. La descarga del riesgo empresario en las y los trabajadores tiene en el referido discurso una vuelta de tuerca. Su incapacidad para comprometerse con “una filosofía de calidad, limpieza y cuidado” representa un lastre para el desarrollo productivo.

Esta batería de (pre)juicios sobre el universo de trabajadores de la industria pesquera dobla la apuesta cuando se trata de mujeres. Entre las miradas masculinas podemos hacer una distinción de clase. Las representaciones sobre las mujeres se diferencian según el vínculo construido con ellas. Las prácticas que se asocian al tipo de trabajo son ajenas a la concepción de femineidad imperante, lo que pone en cuestión la condición de “mujer” de las propias trabajadoras. Un ex empleado jerárquico recuerda su experiencia con el sector en la década de 1980: “Recuerdo la brutalidad de aquellas mujeres”. Otro menciona: “¡Qué trabajo poco femenino!”. “La” mujer, construida socialmente como sujeto

indefenso, se transfigura “bruta” al apropiarse de prácticas que les permiten trascender el rol victimizante al que se pretende sean sujetadas. El uso del golpe, la amenaza, el insulto, asociados al poder masculino, ponen en cuestión la categoría “mujer” en las trabajadoras. Defenderse y defender los propios derechos es “poco femenino”. La resistencia pasiva, más cercana al rol de víctima, es, en cambio, propia de las mujeres. “No sabés cómo aguantan, pobrecitas, con tal de llevar algo a su casa, soportan todo”²². Este tipo de representaciones recuerdan al análisis de Theidon (2004) sobre el modo en que se narran los roles asumidos por las mujeres cuando los varones tienen la voz. La versión victimizante es recurrente entre los varones trabajadores, mientras que la “desfemineizadora” se ha podido identificar entre varones de otros sectores sociales, en contacto con las trabajadoras desde un rol jerárquico. Si la “antifemineidad”, entendida como “la creencia de que los hombres deben evitar aquellas conductas y tareas típicamente atribuidas a las mujeres” (Paterna y Martínez, 2009: 180) resulta un valor crucial en la construcción de la masculinidad (Kimmel, 1997), todo acercamiento de las mujeres a actividades y actitudes socialmente atribuidas a los varones también es penalizado.

Desde el discurso periodístico se retoma esta mirada de las mujeres como víctimas, que rescata los valores del sacrificio y la abnegación. Tal como señala Lobato (2007) en referencia a las primeras décadas del siglo xx, las crónicas sobre la situación de los trabajadores ganaban un espacio en la prensa en épocas de crisis. Así, en un contexto de debate de una ley reguladora de la actividad pesquera y alta conflictividad laboral (Colombo,

2008), el diario de mayor tirada local publica un informe que presenta un rostro heroico de los trabajadores y de los empresarios locales. Bajo el título “Desde el Puerto, con entrega, los frigoríficos aún resisten”²³, se relata la rutina fabril, en su imagen idealizada y mostrable²⁴. Encontramos en el relato, con una temprana alusión a la división sexual del trabajo:

Allí están las mujeres, que según dicen, son más ordenadas y dedican su esfuerzo a colocar uno a uno los trozos de merluza ya fileteados en otro edificio. Pocos metros hacia afuera, los hombres concentrarán sus energías para cargar o descargar más cajones plásticos con el producto.

La abnegación que se oculta tras esta segregación laboral es la de trabajar por un salario menor al de los varones. Aunque el informe periodístico entraña otro tipo de invisibilidad. Si bien hay actividades que son realizadas mayoritaria o exclusivamente por varones o por mujeres, existen otras en que hay presencia de personas de ambos sexos, como el fileteado, pero no se las nombra. Como si la repetición de la “taxonomía oficial” a la que hicimos referencia más arriba facilitara una narración sin intersticios.

El relato presenta una necesidad de identificación visual de los sujetos como mujeres y varones. Así, además de relatarlos realizando diferentes tareas, busca las pequeñas marcas de la presencia de cuerpos generizados:

²³ “Desde el Puerto, con entrega, los frigoríficos aún resisten.” *La Capital*, 30 de marzo de 1997: 21.

²⁴ La crónica refiere a una empresa que mantenía relación de dependencia formal con sus empleados y cumplía normas básicas de seguridad e higiene, situación no generalizada entonces ni en la actualidad.

²² Roberto, sindicalista, 2008.



Trabajadoras de la industria pesquera marplatense, década de 1970.
Fuente: Archivo personal de Perla.

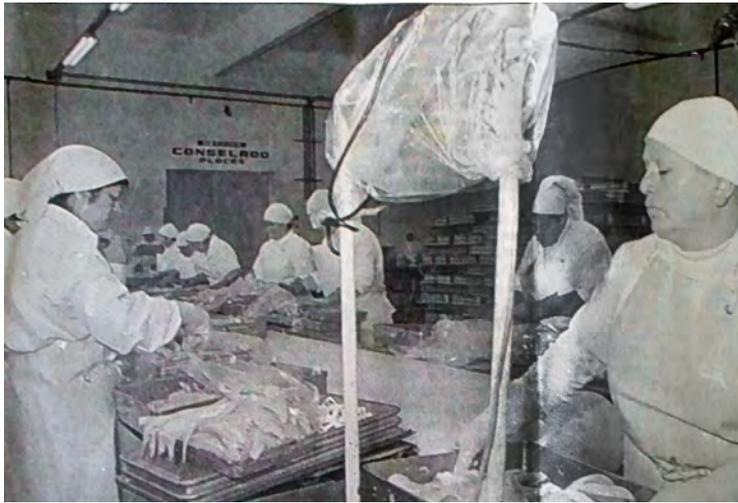
Los operarios se calzarán las voluminosas botas, los aparatosos guantes y las ajustadas cofias, que en el caso de las mujeres estarán acompañados por las coquetas hebillas disimuladas por el frenético andar que impone la llegada de la mercancía.

La visión panorámica de la fábrica deja poco lugar a la distinción genérica de los sujetos. Una de las formas de dominio sobre el cuerpo femenino que se produce en los lugares de trabajo es la “negación de la femineidad: arreglo personal reducido al mínimo [...] prohibición de usar faldas o vestimenta sugerente que realce, o muestre, el cuerpo femenino [...]. Nada que enturbie el ambiente laboral, ni que distraiga a los trabajadores del único propósito por el que están trabajando: producir con calidad y eficiencia” (Zuñiga Elizalde, 2007: 187). Esta estandarización, que contribuye a la invisibilización de la presencia femenina en la fábrica, formaría sin embargo parte de un proceso de androginización de la vestimenta más amplio, que puede señalarse sobre todo a partir de la década de 1980. Las trabaja-

doras de mayor edad recuerdan entre 1960-1970 un modo de vestir “femenino”, que recuerdan en sintonía con la añoranza de una mayor presencia de las mujeres y de mejores condiciones de trabajo.

La imagen 1 muestra mujeres con un uniforme compuesto por falda, y que permite entrever diversas marcas de femineidad: medias de red, faldas y escotes de diversos largos, colores y profundidades, calzados variados que se cambiaban solo en el momento de trabajo. La descripción de la crónica de *La Capital* se esfuerza por buscar a través de pequeños detalles los rasgos de femineidad ocultos tras la estandarización de la vestimenta. Las “coquetas hebillas” son una marca apenas perceptible en la fotografía (imagen 2). Las horquillas se utilizan justamente para esconder una marca típicamente femenina. Su función es esconder el cabello debajo de la cofia blanca.

La narración periodística se continúa con tres breves historias de vida de dos trabajadoras y un trabajador de una empresa pesquera local. El cronista señala que a Ana María,



Trabajadoras de la industria pesquera marplatense, década de 1990.
Fuente: *La Capital*, 30 de marzo 1997.

“las más de ocho horas diarias la alejan de su hijo”, y que las mujeres con hijos pequeños “deben resignar muchas veces las extras para acompañarlos en sus ocupaciones personales o familiares”. De las declaraciones del varón entrevistado, que se desempeña como peón, se destaca un compañerismo asimétrico: “También ayudamos a las mujeres, con las que nos llevamos muy bien”, señala mientras las mira sutilmente de reojo. El guiño entre líneas repite la imagen victimizada de las trabajadoras, que requerirían de la presencia masculina para enfrentar las adversidades de la jornada laboral.

Esa multiplicidad de miradas vuelve en las voces de las trabajadoras, en un diálogo implícito con los sujetos que las miran. Una táctica que se repite es la resignificación de los estigmas convirtiéndolos en virtudes. Siguiendo a De Certeau (1996: L), la de “sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas”:

Teníamos que pelear para que nos den un cajón de más, eh... yo medio bruta que soy, cazaba el gancho y [...] más de una vez me tiraba encima, me acostaba arriba del cajón,

para defender, para poder hacer un cajón de más. Porque si no, no ganaba nada²⁵.

La brutalidad es, en Mirta, la capacidad para defender su derecho a trabajar. Sometida al reparto arbitrario de un recurso escaso, ser “medio bruta” es la condición necesaria para obtener un ingreso. La crítica literaria feminista ha tomado el concepto de “tretas del débil” para describir las argucias discursivas que permitían a las escritoras ser leídas y oídas. Si el contexto con el que dialogaban las consideraba ignorantes, la autodeclaración explícita de esa condición, paradójicamente, hacía posible el diálogo: “Desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no solo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él” (Ludmer, 1984: 52). Si la sociedad considera brutas a las trabajadoras del Puerto, la táctica apropiada, antes que la negación, es la resignificación positiva de esa brutalidad.

²⁵ Mirta, 2008.

Perla recuerda las miradas despreciativas de las otras mujeres, especialmente en los trayectos en colectivo²⁶, donde es obligada la cercanía entre los cuerpos.

- Perla: Ellas nos miraban mal...
- E.: ¿Y ustedes qué sentían?
- Perla: No, nada, a nosotras no nos importaban. Si no les gustaba, que no miren.
- Marta: O que se tomen un taxi²⁷.

Las “miradas” hacían referencia al rechazo provocado por el olor a pescado al regreso del trabajo. Reafirmarse libre de vergüenza frente a las otras tiene un carácter reivindicativo. Las miraban diferente porque, efectivamente, lo eran. Pero no resulta lícito recordar esas miradas como ofensas. Confirmaría las razones del desprecio.

A modo de balance

El concepto de “percepción de justicia” corre tantos riesgos de etnocentrismo como de excesivo relativismo cultural. Aquí he optado por identificar los posicionamientos ventajosos y desventajosos con que las propias actoras describen sus roles sociales. No se trata de detectar una “falsa conciencia”, aunque tampoco de minimizar o negar las inequidades no explicitadas en sus discursos. Las trabajadoras adoptan tácticas narrativas que transitan la negación, la heroización y el apartamiento de la escena. La diversidad de espejos en los cuales mirarse construye una multiplicidad de sentidos en torno a su lugar en las relaciones sociales. En la narración retrospectiva, la posibilidad de un lugar que

era imaginado como privativo de los hombres parece primar sobre las dificultades que implicaba ser mujer en el espacio público. Las transformaciones laborales ocurridas en la década de 1990 despojan al empleo de su capacidad de conferir identidad y ciudadanía. Para los trabajadores, el desempleo y la precarización pusieron en crisis su rol de *male brade winner*. No les confería un estatus distintivo frente a las otras mujeres, que se habían volcado masivamente al mercado laboral como desempleadas o trabajadoras informales, ni aseguraba su capacidad proveedora en el hogar, que los varones también habían perdido. El trabajo precario pasa a ser una situación mayoritaria para todos, lo que implica preocupaciones y reivindicaciones de clase que han sido protagonistas en la protesta social del sector, en las décadas aquí referidas.

El deterioro de las condiciones de trabajo en la Argentina, y en particular en la industria pesquera marplatense desde la década de los noventa, nivela para abajo las desigualdades históricas entre varones y mujeres en el mercado de trabajo. Entonces, la mirada del pasado se da de bruces con los indicadores laborales que señalan una tendencia hacia la reducción en las brechas de género. Las trabajadoras reconstruyen una época (1970-1990) en que “nunca las discriminaron”, aunque hayan tenido fuertes dificultades para atravesar la segregación laboral. Años después, cuando un ejército de trabajadoras precarias les recuerda que lo suyo no es un privilegio, se ven deslucidas, desdibujadas en una masa de la que ya no se distinguen por su ingreso ni por su actividad. La misma incertidumbre y la misma pobreza que las otras. Proveyendo a los recursos del hogar “igual de poco” que ellos, ocupando incluso como proveedoras exclusivas en el hogar un lugar que ya no confiere poder, porque su trabajo no está aso-

²⁶ Para los argentinos, autobús.

²⁷ Perla y Marta, 2010.

ciado a derechos. Paradójicamente, la igualdad –la ausencia de discriminación– que se rescata, era la oportunidad de ser diferentes –mejores– que el resto.

Las características que las trabajadoras narran como cualidades se transfiguran en estigmas trasladadas a otras voces. El diálogo con el exterior no pretende negar los juicios que caen sobre ellas. La resignificación del

valor de las palabras puede leerse como una “treta” recurrente en sus relatos. Defienden su cuerpo, su trabajo, ignoran el desprecio, se ríen del dolor, dotan de un sentido positivo a esos estigmas que pesan sobre ellas. “¿Feas, sucias y malas?”. Antes que negar su condición, vuelven la necesidad virtud. Como el espejo de Alicia, “escriben las palabras al revés”.

Bibliografía

- BERGSON, Henri (1956) *La risa*, Barcelona, Plaza y Janés.
- BECKER, Gary (1983) *El capital humano*, Madrid, Alianza.
- BERTOLOTTI, M.^a Isabel; ERRAZTI, Elisabeth (2002) “El sector pesquero del Partido de General Pueyrredón”, in A. GENNERO; C. FERRERO (comps.) *Mar del Plata productiva: diagnóstico y elementos para una propuesta de desarrollo local*, Buenos Aires, Comisión Económica para América Latina, 51-69 [en línea] <<http://www.eclac.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/9/11589/P11589.xml&xsl=/argentina/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xslt>>.
- BLAIR, Sampson Lee; JOHNSON, Michael P. (1992) “Wives’ perceptions of the fairness of the division of household labor: The intersection of housework and ideology”, *Journal of Marriage and the Family*, 54: 570-581.
- BOURDIEU, Pierre (1998) “La dominación masculina”, in P. BOURDIEU; A. HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ; R. MONTESINOS, *La masculinidad: aspectos sociales y culturales*, Quito, Abya-Yala, 9-108.
- CASTEL, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social, una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós.
- CUTULI, Romina Denisse (2009) “Trayectorias laborales precarizadas. Mujeres de la industria pesquera marplatense (1980-2008)”, in *II Encuentro del Observatorio de Género y Pobreza. Buenos Aires, 3 de diciembre de 2009* [en línea] <http://www.generoypobreza.org.ar/2do_encuentro/Mesa%203_Romina%20Cutuli_Trayectorias%20laborales%20precarizadas.pdf>, consultado el 7-X-2011.
- CUTULI, Romina Denisse; LANARI, M.^a Estela (2011) “Trabajadores de la industria pesquera procesadora: conserva y fileteado en el Puerto de Mar del Plata”, in *I Concurso Bicentenario de la Patria Juan Biallet-Masse*, La Plata, Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires [en línea] <<http://nulan.mdpu.edu.ar/1040/>>.
- COLOMBO, Guillermo (2008) *Hasta que el recurso nos falló... Crisis de la merluza y protesta obrera. La dinámica de los enfrentamientos en el puerto marplatense (1997-2002)*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, Tesina de licenciatura, inédita.
- DE CERTEAU, Michel (1996) *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana.

- DRAIBE, Sonia; RIESCO, Manuel (2006) *Estado de Bienestar, desarrollo económico y ciudadanía: algunas lecciones de la literatura contemporánea*, serie Estudios y Perspectivas, México, Comisión Económica para América Latina [en línea] <<http://www.cepal.org/publicaciones/xml/3/26543/L742.pdf>>, consultado el 7-X-2011.
- FREUDENTHALER, Herbert H.; MIKULA, Gerold (1998) “From unfulfilled wants to the experience of injustice: Women’s sense of injustice regarding the lopsided division of household labor”, *Social Justice Research*, 11: 298-312.
- GOODE, Judith; EAMES, Edwin Eames (1996) “An anthropological critique of the culture of poverty”, in G. GMELCH; W. ZENNER, *Urban Life*, Long Grove, Waveland Press.
- GREENSTEIN, Theodore. N. (1996) “Gender ideology and perception of the fairness of the division of household labor: Effects on marital quality”, *Social Forces*, 74 (3): 1.029-1.042.
- GROTE, Nancy K.; CLARK, Margaret S. (2001) “Perceiving unfairness in the family: cause or consequence of marital distress?”, *Journal of Personality and Social Psychology*, 80 (3): 281-193.
- KIMMEL, Michael S. (1997) “Homofobia, temor vergüenza y silencio en la identidad masculina”, in T. VALDÉS; J. OLAVARRÍA (eds.) *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago, Isis Internacional.
- LAVEE, Yoav; KATZ, Ruth. (2002) “Division of labor, perceived fairness and marital quality: The effect of gender ideology”, *Journal of Marriage and the Family*, 64 (1): 27-39.
- LOBATO, Mirta Zaida (1990) “Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del frigorífico Armour, 1915-1969”, *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales*, 171-205.
- (2007) *Historia de las trabajadoras en la Argentina*, Buenos Aires, Edhasa.
- LUDMER, Josefina (1984) “Tretas del débil”, in P. GONZÁLEZ; E. ORTEGA, *La sartén por el mango*, 47-54, Río Piedras, Huracán.
- MOLYNEAUX, Maxine (2005) “Más allá del debate sobre el trabajo doméstico”, in D. RODRÍGUEZ; J. COOPER (comps.) *El debate sobre el trabajo doméstico*, UNAM, México, 13-42.
- MUCHINSKY, Paul M. (2002) *Psicología aplicada al trabajo: una introducción a la psicología organizacional*, México, Thomson.
- MUNICIPALIDAD DEL PARTIDO DE GENERAL PUEYRREDÓN (2011) *Estadísticas de comercio exterior* [en línea] <<http://www.mardeplata.gob.ar>>, consultado el 7-X-2011.
- PATERNA, Consuelo; MARTÍNEZ, M.^a del Carmen (2009) “Un nuevo concepto de paternidad para la igualdad de género”, in M.^a C. MARTÍNEZ, *Género y conciliación de la vida familiar: un análisis psicosocial*, Murcia, Universidad de Murcia, 167-189.
- PÉREZ JÁUREGUI, Isabel (2006) *Estrés laboral y síndrome de burn-out*, Buenos Aires, Psicoteca.
- RODRÍGUEZ, Alejandro (coord.) (1999) *El sector pesquero marplatense: una aproximación diagnóstica del actual y futuro escenario ante la emergencia de la Ley de Pesca*, Buenos Aires, Instituto Nacional de la Administración Pública [en línea] <http://www.sgp.gov.ar/contenidos/inap/publicaciones/docs/politicas_publicas/sectorpes.pdf>, consultado el 7-X-2011.
- SCOTT, Joan (1991) “The evidence of experience”, *Critical Inquiry*, 17 (4): 773-797.
- THEIDON, Kiberly (2004) “Desarmando al sujeto: recordando la guerra e imaginando la ciudadanía en Ayacucho, Perú”, in G. SÁNCHEZ; E. LAIR, *Violencia y estrategias colectivas en la región andina. Bolivia, Colombia, Ecuador y Venezuela*, Bogotá, Norma, 175-198.
- THOMPSON, Linda (1991) “Family work: Women’s sense of fairness”, *Journal of Family Issues*, 12, 181-196.
- WAINERMAN, Catalina (2007) “Mujeres que trabajan. Hechos e ideas”, in S. TORRADO, *Población y bienestar en la Argentina del primero a segundo centenario*, Buenos Aires, Edhasa, 325-252.
- YAGO, Carmen; MARTÍNEZ, M.^a del Carmen (2009) “La distribución del trabajo doméstico y la percepción de injusticia de las mujeres”, in M.^a C. MARTÍNEZ (comp.) *Género y conciliación de la vida familiar*, Murcia, Universidad de Murcia.

ZÚÑIGA, Mercedes (2007) “Violencia en el trabajo. La cultura de la dominación de género”, in R. CASTRO; I. CASIQUE, *Estudios sobre cultura, género y violencia contra las mujeres*, Cuernavaca, UNAM, 173-196 [en línea] <http://www.crim.unam.mx/drupal/crimArchivos/Colec_Dig/2007/Roberto_Castro/5_Violencia_en_el_trabajo.pdf>, consultado el 7-X-2011.

Gako-hitzak: emakume langileak, irudikapenak, desberdintasuna, generoa, lan kolokotasuna.

Laburpena: Artikulu honetan lan munduko genero desberdintasunetara hurbilduko gara, Mar del Plata-ko arrantza industrian lan egin duten edota lanean ari diren emakumeen esperientzien bitartez. Emakume langileek beren buruari buruz duten irudiaren eta beste eragile batzuek haiei buruz duten irudikapenaren arteko halako testuartekotasun bat identifikatzen saiatuko gara. Lan biografiak izango ditugu aipagai, elkarrizketen bidez, komunikabideen bidez edo funtzionario publikoek zein lantokietako nagusiek egindako adierazpenen bidez eraikiko ditugunak. Kontakizun biografiko hauetan beste gizarte eragileek emakumeei buruz dituzten iritziak agerian jartzen dira. Begiradak, isekak edo sexu erasoak dira atzera begirako elkarrizketa hau osatzen duten osagaietako batzuk. Halaber, kontakizunok iradokitzen dutez, emakumeek ez dute beren burua biktimizatzen ezbeharren ondorioz; aitzitik, subjektu autonomo gisa sendoagotzen ditu zoritxarrak.

Keywords: workers, representation, inequality, gender, job insecurity.

Abstract: In this article we approach gender inequalities in the world of work through the experiences of women who have worked or are working in the fishing industry of Mar del Plata. The intention is to identify some intertextuality between the image that workers have of themselves and the representations other actors have of them. We will refer to working lives reconstructed through interviews, media, statements of senior staff and officials. These biographical accounts will reveal the judgments of other actors towards women. Glances, teasing, sexual assault, form part of the repertoire with which this retrospective dialogue is built. The narratives also suggest that these women do not victimize themselves due to the adversity, but are strengthened as autonomous subjects.